

Los costos de la modernidad*

Comentarios: *Israel Alatorre Cuevas* **

Hidrocloruro de fluoxetina: antidepresivo fabricado por el laboratorio Eli Lilly & Co. que vino a desplazar del mercado farmacéutico estadounidense tanto a los tricíclicos habituales (Nopramin, Tofranil, Elavil), como a los inhibidores de la Monamino-Oxidasa (Parnate, Nardil), con la ventaja, frente a sus predecesores, de presentar muy pocos efectos secundarios. Pertenece, junto al Zoloft y el Paxil, a la familia farmacológica conocida como Inhibidores Selectivos de la Recaptación de Serotonina (ISRS). Su comercialización se inició a finales de los ochenta con el nombre de Prozac.

La misma casa responsable de editar en nuestro idioma los trabajos de Bret Easton Ellis (Los Angeles, 1964; *American Psycho*, *Los confidentes*) y de Douglas Coupland (Columbia Británica, 1961; *Generación X*, *Planeta Shampoo*) presenta el debut como novelista de Elizabeth Wurtzel (Nueva York, 1967).

Por principio de cuentas se debe distinguir entre dos textos —con un débil vínculo entre sí— dentro del mismo libro: el primero es lo que estrictamente constituye una novela de corte autobiográfico, y el segundo es un breve ensayo de tipo periodístico contenido en el epílogo.

En la parte autobiográfica, Elizabeth, neoyorquina, hija única de padres divorciados, hija del divorcio, depresiva, harta de la vida a la edad

* Comentarios al libro: Wurtzel, Elizabeth. *Nación Prozac*, Barcelona, Ediciones B, 1996, 492 págs.

**Profesor de la ENEP-Iztacala, UNAM.

de 21 años, vierte sus confesiones focalizando dos momentos que intermitentemente se reactivan a lo largo de toda la narración para conferirle sentido a su forma de vivir: la profunda conmoción infantil ante la separación de sus padres y una sofocante adolescencia con numerosos intentos de suicidio.

La novela es, ante todo, un pormenorizado e inquietante registro, desde dentro, de lo que en términos profesionales denominamos caso clínico; sin embargo Elizabeth, este caso clínico específico, tiene rostro, padres, talento, y además carece de dispositivos formales que le posibiliten optimar distancia, que le permitan esgrimir defensa o intentar escapatoria. Ella padece un tipo de sufrimiento que resiste a la localización orgánica, teme morir y no le importa que su dolor tenga una etiología de índole psíquica o química. En busca de alivio recorre un enorme trecho a lo largo del cual se somete a todo tipo de valoraciones y tratamientos: médicos, psicológicos, psiquiátricos, psicoanalíticos, sólo para terminar descubriendo una simple pastilla que resulta ser todo lo efectiva que ella necesita, que la salva de morir, que funciona allí donde los métodos arriba mencionados fracasan. Primer asomo de moraleja: con Prozac en el mercado, el penoso recorrido es perfectamente prescindible.

Si bien se puede argumentar que las disfunciones en química orgánica y la administración de medicamento competen exclusivamente al área médica, cabe también especular acerca del posible destino de ese caso clínico si no se hubiese fabricado el fármaco o, si, aún habiéndose fabricado, ella no hubiera tenido acceso al mismo. Aparte de aguardar hasta que las amenazas suicidas tuviesen verificación exitosa ¿qué más haría el gremio no-médico de la salud mental ante dicho problema?, ¿esto realmente representaría un problema, o tampoco competiría a nuestro sector?

Volviendo a la narración, en ella destacan como uno de sus más rescatables aspectos las abundantes anécdotas y alusiones a sucesos, eventos, cine, música, ambientes, y celebridades propios de una cultura joven, blanca y de clase media en Estados Unidos hoy (la celebración ¿? de un Día Nacional de la Depresión, o la descripción de una soporífera e hiperfrívola cotidianidad en el santuario académico por antonomasia, Harvard, son sólo dos botones de muestra).

En lo tocante al desarrollo de la trama, éste resiente un abuso constante de la recurrencia a situaciones-límite, lo que provoca un lamentable efecto de predecibilidad, de tal suerte que, a media novela, tanto los amagos de suicidio y los riesgos de un quiebre psicótico como las

resoluciones de la protagonista para transformar radicalmente su forma de vida han agotado casi por completo su capacidad para inducir un clima emocional o provocar una tensión narrativa verosímiles. A esas alturas el lector sabe que, luego de dichos episodios, Elizabeth discutirá agriamente con su padre, sucumbirá a los chantajes psicotizantes de su madre, reprochará a sus amigos y a su terapeuta en turno la falta de sensibilidad para comprender la profundidad de su abatimiento, llorará, gemirá, no se levantará de la cama durante días y [...] Y se iniciará otro capítulo sin que nada parezca haberse modificado en lo más mínimo en la vida de la protagonista.

Otro innecesario perjuicio al texto es aquel que, con la probable intención de legitimarlo en círculos académicos, provoca la permanente referencia a una larga serie de autores (Foucault, V. Woolf, Sartre, Faulkner, Peirce, Cortázar, Levi-Strauss, Thoreau, Kant, Borges, Derrida, S. Plath, Heidegger y Camus, entre muchos otros) dado que no se filtra ningún indicio que sugiera una elaboración —así sea parcial o tosca— de ese vasto panorama textual en el que Wurtzel insinúa desenvolverse con toda naturalidad; previsiblemente, lo único que se consigue con este desplante *bluff* es agregar a la historia un chocante lastre narrativo.

Al final de esta primera parte del texto, luego de un desastroso viaje a Inglaterra (durante el cual desiste de matarse explicando que “[...] suicidarse en Londres sería una auténtica redundancia”, p. 397), Elizabeth reincide: “No existe ninguna lógica en el imperativo del suicidio, es solamente algo que debo hacer, algo que además he de hacer ahora. Pienso en esos versos del poema de Anne Sexton titulado “Ganas de morir” cuando dice que la urgencia de desaparecer no la deja a solas en ningún momento, aunque no tenga nada en contra de la vida, ya que cuando se cruza cierto límite ya no es cuestión de tener razones: “Los suicidas tienen un lenguaje especial —escribe—. Igual que los carpinteros. Quieren saber qué herramientas. Nunca preguntan por qué construir. ¿Y qué herramientas tengo a mi disposición? Poca cosa, nada realmente letal, sólo un frasco lleno de Mellaril que llevo a todas partes en la mochila, por si acaso. Por si acaso ¿qué? No lo sé, por si acaso surge un momento así” (p. 439). En el baño del consultorio de su terapeuta ingiere una sobredosis que, sin resultar mortífera, le permite percatarse de que realmente no quiere morir.

Mientras convalece, hospitalizada, Elizabeth recuerda que durante el nebuloso lapso inmediatamente posterior a la ingestión de las pastillas, algunas cosas tan ordinarias como su afición por cierta marca de helados,

el recuerdo de una invitación para trabajar tras el mostrador de una cafetería, o el deseo de comprar un lápiz labial, son su único incentivo para aferrarse a la vida. En ese punto de la narración comienza la relación entre la protagonista y el Prozac: “[...] una mañana me desperté y realmente tuve ganas de vivir, realmente miré con buena cara el día que me quedaba por delante. Imaginé cosas que hacer, llamadas de teléfono que devolver, y no fue con una sensación de tedio absoluto, ni me asustaba la idea de que la primera persona que me pisara un callo cuando atravesara la plaza bien podría conducirme al suicidio. Fue como si el miasma de la depresión se hubiese disipado, como si se hubiese largado a otra parte sin hacer el menor ruido, tal como se levanta la neblina en San Francisco a medida que transcurre el día. ¿Fue el Prozac? Sin duda. ¿Fue la naturaleza catártica destilada por mi intento de suicidio? Es probable. Tal como siempre he dicho que mi hundimiento era gradual, y luego sucedía de repente, así mismo remonté el hundimiento” (p.453).

Quizá el hecho de que la trayectoria previa de la autora haya sido fundamentalmente periodística —People, Rolling Stone, The New Yorker— pueda explicar el afán por documentar con un reportaje su propia vida. Que para ello ocupe 455 páginas puede ser discutible —qué tan justificable resulta, cualitativamente hablando, la corpulencia del producto— pero la empresa no es reprobable por sí misma. Sin embargo, que con interés puramente mercadotécnico (y no parece haber otro motivo convincente) se mencione la palabra Prozac en el título del libro es una impostura de la peor ralea considerando que la relación entre Elizabeth y el fármaco no dura más de cuatro páginas, y que si bien el Prozac es tema central en el ensayo del epílogo, en éste no se toca sino de manera tangencial a la protagonista de la novela.

Es evidente que si la parte autobiográfica prescindiera del epílogo no se vería afectada en lo más mínimo, y perfectamente podría cambiar su nombre al más honesto de *Nación Wurtzel* (aunque de seguro su impacto mercantil sí resentiría dicho cambio).

En la segunda parte, último capítulo homónimo —y este sí, justificadamente— del libro, la autora plantea una serie de preguntas y ensaya ciertas reflexiones sobre el fenómeno del desmedido consumo y administración de Prozac apoyada en una lista de datos fundamentalmente estadísticos (se mencionan, por ejemplo, un gasto en recetas del fármaco de millón y medio de dólares durante 1993; o seis millones de estadounidenses declarando haberlo ingerido durante el mismo año). La autora

comienza por señalar una especie de masificación convencional de las enfermedades mentales en general, y de la depresión en particular; una tremenda fase de desánimo colectivo; un estallido depresivo generalizado y define su entorno social como enorme engendro invadido por la enfermedad. Curiosamente el tono utilizado en esta parte diagnóstica del ensayo remite al alivio que la protagonista de la novela menciona haber sentido al recibir por fin un diagnóstico preciso, científicamente autorizado de su padecimiento —depresión atípica—. Tal vez el descubrimiento, a partir de la cobertura y difusión massmediática, de un problema compartido por millones de individualismos permita experimentar una cierta sensación de identidad recolectivizada, de cohesión efímera e ilusoria: somos dolor y anestesia; somos depresión y Prozac.

Wurtzel observa que la enorme mayoría de consumidores del fármaco no presentan cuadros clínicos graves de depresión, dato que ella interpreta como signo de permisividad excesiva dentro de una cultura farmacológica cosmética, sin embargo cabe también preguntarse ¿por qué tanta gente necesita —o cree necesitar— de un antidepresivo?; eso que se pretende mitigar ¿surge simultáneamente dentro de millones de personas, o más bien tiene tal nivel de propagación precisamente porque acomete desde el exterior?

Sorpresivamente, el más visible grupo de riesgo ante dicho problema parece ser la juventud (desde luego continúa refiriéndose, sin precisarlo, al sector blanco y de clase media) hecho que la autora explica así: “En el mundo en que vivimos, el azar es la norma. Y esta ausencia de orden es algo que debilita y desestabiliza. Puede ser que lo que se ha terminado por incluir en la categoría de la depresión sea en realidad una prevención, una reticencia, un nerviosismo, una suspicacia en torno a la intimidad, cualquiera (sic) de las muchas reacciones perfectamente naturales frente a un mundo que parece carecer peligrosamente de las garantías fundamentales que nuestros padres esperaban: un matrimonio que dure para siempre, un puesto de trabajo seguro, una práctica sexual que no sea mortífera. A estas alturas es un tópico hacer referencia a la inseguridad económica y social que caracteriza a una masa de la población que responde a la denominación colectiva de Generación X, los que tienen veintipoco por no decir que tienen veintinada, pero es obvio que existen unas dosis considerables de desilusión y de infelicidad en este grupo generacional” (pp. 467-468).

Wurtzel percibe en esos jóvenes una suerte de trivialización e incluso naturalización del estado depresivo; como si se hallaran resignados a sentir, pensar y vivir dentro del mismo. También llama nuestra atención

sobre el reciente boom de las manifestaciones artísticas denominadas subterráneas que, según afirma, aparecen alrededor de lo que ella llama cultura de la depresión y ejemplifica con el filme *Slacker*: “Con un coste de producción inferior a los 23 mil dólares, la primera película del director Richard Linklater mostraba a una serie de jóvenes de Austin, estado de Tejas, todos ellos en la universidad o con los estudios recién terminados, que preferían pasar las horas sin hacer otra cosa que debatir las diferencias que hay entre la cultura de los Pitufos y la cultura de Scooby-Doo, viviendo sin gastar casi nada gracias a una serie de trabajos menestrales, para los cuales no es necesaria la titulación universitaria, y dedicando mucho tiempo a tumbarse en la cama, a ver la televisión y a hacer el vago por ahí. Uno de los personajes, en un arranque de sinceridad, reconoce que no tiene trabajo, y dice: Puede que viva bastante mal, pero por lo menos no tengo que trabajar para eso” (p. 478).

Por último, en el plano musical, la autora destaca la influencia social que en los más diversos niveles desencadenó el género conocido como Grunge (gruñido). Desde sus inicios, en la ciudad de Seattle, a principios de la década de los ochenta, este movimiento tuvo como insignia al grupo Nirvana, y más específicamente a su vocalista Kurt Cobain. El debut en las ligas mayores de la industria discográfica de dicho grupo fue el álbum emblemáticamente titulado *Nevermind* (da igual o no importa), del que en un par de años se vendieron diez millones de copias. En la cúspide de la fama, gozando de inusual prestigio en el medio musical por su notabilísimo talento como letrista, padre de una bebé de meses, millonario, en abril de 1994, a los 27 años de edad, Cobain se pega un tiro de escopeta en la cabeza.

Wurtzel recrea esos últimos “hipermomentos” del Rockstar, y finaliza su texto reflexionando al respecto: “[...] cuando estaba a solas en el garage de su casa, con una escopeta en la mano, decidido a quitarse la vida, sus actos fueron mucho más allá de toda clase de impulso cultural que podamos asociar con los tiempos que corren [...] El hecho de que ahora mismo la depresión parezca estar en el aire puede ser tanto causa como resultado de un determinado grado de enfermedad social que tantas personas padecen. Pero cuando alguien pasa a ser un caso clínico, a estar ingresado en un hospital, o cuando se halla en una camilla, camino al depósito de cadáveres, su historia es única y exclusivamente suya, de nadie más” (p. 483).

Que nuestro fin de milenio atestigua una crisis de valores en casi todos los órdenes a nivel mundial —aunque agudizada o ultravisibilizada

en las regiones económicamente más fuertes—, es algo que se ha repetido hasta el hartazgo; que ante la caducidad de las formas tradicionales para organizar la cultura en occidente no surjan otras, nuevas, automáticamente, comienza a ser angustiante; pero que la única medida que hemos podido imaginar para enfrentar una de las facetas más graves de dicha crisis, sea la ingestión de una pastilla (descartando la opción sienes voladoras en el garage), y que para colmo de la ironía esa alternativa parezca resultar efectiva, es material digno de una pesadilla de Huxley.

Forzando el fenómeno Prozac hasta sus más oscuras consecuencias cabe preguntarse ¿Qué problemas plantea una sociedad impedida al dolor emocional?; ¿sirve de algo este último?; ¿vale la pena conservarlo, rescatarlo...? Preñado de reminiscencias poéticas (de Edgar Allan), el único intento de respuesta conocido hasta el momento es un murmullo que repite Nevermind, Nevermind...